

Montaigne y el descubrimiento de América

Parece justo, en esta conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América, recordar algunas de las opiniones que este hecho, trascendental en la historia del mundo, sugirió a Montaigne cuyo cuarto centenario de su muerte se conmemora precisamente en este año de 1992.

La bibliografía acerca de Montaigne y América es inmensa, hasta el punto de que para muchos especialistas el «tema americano» en los *Ensayos* ha sido el que ha dado lugar a más estudios y comentarios. Tal vez por esa razón sea siempre factible, dada la riqueza del tema, resaltar algunos puntos no suficientemente destacados y evocar en la medida de lo posible lo que desde nuestro punto de vista consideramos esencial en el pensamiento de Montaigne. Como es bien sabido, Montaigne no sólo ha dedicado un capítulo completo a hecho tan importante (L. 1.º, cap. XXXI *), sino que abundan en los *Ensayos* frecuentes alusiones, incluso extensos fragmentos referentes al acontecimiento que trastocó tan profundamente la imagen del mundo conocido hasta entonces. Aprovechará siempre para insistir en lo que tanto le preocupa: advertir errores, afirmar la necesidad de juzgar con criterio propio por la vía racional, no dejarse llevar por opiniones ajenas por muy consagradas que estén, lo que nos permitirá disfrutar con sus observaciones tan oportunamente expresadas, tan pertinentes y libres de todo conformismo y rutina.

Se me permitirá recordar que el descubrimiento de una humanidad exótica derrumbó desde sus cimientos la hasta entonces imperante imagen del mundo ofrecida por la Biblia. Ello trajo como consecuencia, por parte principalmente de los teólogos, un afán desmedido por conseguir conciliar la realidad con la ficción, es decir de sostener contra toda evidencia que el mundo descubierto no era un *nuevo mundo* sino continuación de Europa.

En segundo lugar también resultó extraño para los humanistas que los antiguos, a quienes tanto veneraban, no hubiesen hablado de esas tierras hasta entonces desconocidas.

No era ésta la primera vez que Montaigne, a pesar de su prudencia, se manifestaba

* Hemos utilizado para las citas de Montaigne la edición de los *Ensayos* de Villey-Saulnier, París, PUF, 1965, que indica si el fragmento del texto corresponde a la primera edición (1580, A) a un añadido de la de 1588 (B) o a uno de la edición póstuma basada en el Ejemplar de Burdeos (C). Señalamos estos importantes datos en nuestras notas.

en contra de afirmaciones sin fundamento probado y únicamente dictadas —y eso sí con pertinaz e inapelable contumacia por los prejuicios religiosos—, afirmaciones que después habían resultado falsas. Ya en la cuestión de las antípodas, tema igualmente conflictivo entonces, expresó su opinión con firme ironía. Sabido es que su existencia admitida por los principales filósofos de la antigüedad fue afirmada explícitamente por Platón. Pero la autoridad de San Agustín, ateniéndose a la imagen plana que de la Tierra ofrece la Biblia, negó que hubiese antípodas. Con los descubrimientos geográficos quedó demostrada su existencia, mas siguió siendo un tema que los bien pensantes preferían eludir mientras que a él aludían con tanta complacencia como cautela los espíritus más abiertos e inteligentes. Que el abordar este asunto de frente comportaba riesgo no necesita pruebas. Todavía Feijoo, en pleno siglo XVIII, al hablar de esta cuestión, cree prudente, para que nadie piense que ataca a San Agustín, justificar al santo con mejor voluntad que argumentos¹.

Por lo pronto Montaigne, al opinar sobre estas controversias, no duda un momento en considerar América un Nuevo Mundo. No defiende ni justifica su postura frente a la de los teólogos. Es algo tan evidente para él que le basta siempre con mencionar el nuevo continente con la expresión «Nuevas Indias», «Indias Nuevas» o «Nuevo Mundo». Si tenemos en cuenta la contumacia con que las jerarquías eclesiásticas seguían sosteniendo lo insostenible se comprende fácilmente que Montaigne, siempre con exquisito tacto, no quiera intervenir directamente en tan peligrosa polémica. Se limita a rechazar con firme convicción y moderación expresiva algunas de las opiniones entonces más difundidas, por ejemplo que esas nuevas tierras sean la Atlántida. «No creo (dice) que aquella isla sea el Mundo Nuevo que se acaba de descubrir, porque la Atlántida casi tocaba a España y sería un efecto increíble de la inundación el haberla hecho retroceder más de doscientas leguas». También niega que se trate, como algunos dicen, de un territorio al que emigraron en la antigüedad muchos cartagineses. En cambio se equivoca Montaigne aduciendo que «las modernas navegaciones han descubierto que tal mundo no es una isla, sino tierra firme y continente unido a las Indias Orientales». Lo cual demuestra que todavía no se había extendido en Europa o no había llegado a sus oídos el descubrimiento por Vasco Núñez de Balboa del llamado «mar del Sur» y luego, por Magallanes, «océano Pacífico» en el proyectado viaje de circunvalación de la Tierra que, desgraciadamente, no pudo llevar a cabo por haber muerto en una de las islas que hoy forman el archipiélago de Filipinas. Fue el español Sebastián Elcano quien consiguió realizar felizmente tan asombrosa y peligrosa hazaña, regresando a España, tras tres años de penalidades, en septiembre de 1522, dato que también se ignora todavía, ya que en los libros de historia suele figurar Magallanes como el primero que dio la vuelta al mundo.

Otros autores defenderán la tesis de que el descubrimiento había sido previsto por los antiguos, alegando algunos fragmentos de Virgilio y de Séneca como textos proféticos, sosteniendo que el descubrimiento de América había sido llevado a cabo por designio divino. Es mérito del gran historiador de las Indias el jesuita José de Acosta

¹ *Essais, Libro II, cap. XII, pág. 572 (B)* y Feijoo, *Cartas eruditas, Clásicos castellanos, págs. 99-100.*

haber rebatido con objeciones adecuadas esas presuntas profecías que tampoco Montaigne admitirá.

En realidad, todo ese afán de considerar América como una parte del viejo mundo no sólo responde a los deseos de teólogos y de humanistas sino que, en el fondo, estas discusiones encubren una serie de objetivos, el derecho de conquista, el derecho a colonizar, con todos los intereses que ello implica, intereses políticos y económicos sobre todo². Entre los españoles se echa mano igualmente de todos los argumentos plausibles y no es el menos esgrimido el que afirma que América ha sido descubierta por nosotros porque Dios ha querido premiar así la fe de los españoles. Francisco López de Gómara en su *Historia General de las Indias* interpreta la conversión de los indios al cristianismo por los españoles como designio divino. Saavedra Fajardo, en pleno siglo XVII, aunque por boca de personajes mitológicos, alude a «aquella separación de otro mundo no conocido o ya olvidado de los hombres, después que la fuerza de las olas le retiraron y tantos montes y valles de agua le hicieron incommunicable». Y prosigue: «El descubrimiento y conquista deste nuevo mundo [...] sería premio debido a la piedad y valor de los españoles»³.

Más sorprendente resulta aún que Voltaire, que se opone a todos los teólogos que desde el descubrimiento de América se esfuerzan por conciliar la existencia de los americanos con las enseñanzas de la Biblia, tenga que protestar en pleno siglo XVIII de que: «Todavía se imprimen hoy mapas del Viejo Mundo en que América aparece bajo el nombre de Isla Atlántica. Las islas de Cabo Verde figuran con el nombre de Gorgonas y las Caribeñas con el de islas Hespérides»⁴.

Fiel a su costumbre de sacar provechosas conclusiones de cualquier detalle, incluso insignificante en apariencia, y en este caso de la prodigiosa realidad descubierta, Montaigne no se limita a manifestar la sorpresa lógica ante semejante acontecimiento para demorarse en ello, sino que enseña vislumbra la probabilidad de nuevos horizontes, de nuevos hallazgos como tal vez nos aguardan, impulsando siempre nuestra imaginación hacia novedosos futuros posibles. Emplea una vez más uno de sus procedimientos estilísticos favoritos, la interrogación retórica, reforzada por una expresión dubitativa a la que, en este ejemplo, acompaña sutil pero nítida afirmación irónica, lo que solicita discretamente la adhesión del lector: «Nuestro mundo acaba de encontrar otro (y quién nos asegura que sea el último de esos mundos similares al nuestro puesto que los Demonios, las Sibillas y nosotros hemos ignorado éste hasta ahora) no menos grande»⁵. En otro momento y distinto contexto insiste de nuevo en la ignorancia de los antiguos y en la nuestra. Refiriéndose a China recuerda: «...cuya historia me enseña cuánto más amplio y más diverso es el mundo de lo que los Antiguos y nosotros sabemos...»⁶. Nosotros, es decir los cristianos que poseemos un libro inspirado por Dios. Y recalca que este desconocimiento no lo padecen sólo las personas ignorantes: «Este descubrimiento de un país infinito parece ser de importancia. No sé si puedo asegurar que en el futuro no se haga otro descubrimiento, ya que tantos personajes más importantes que nosotros se han equivocado en cuanto a éste»⁷. Y

² V. Monique Mund-Dopchie, «L'Extrême-Occident de l'Antiquité classique et la découverte du Nouveau Monde: une manipulation de textes à des fins idéologiques», en *Nouvelle Revue du XVI^e siècle*, 1990, n.º 8, págs. 27-49.

³ Diego Saavedra Fajardo, *República literaria*, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos castellanos, 1942, págs. 26-27.

⁴ Voltaire, *Essai sur les mœurs*, París, Garnier-Frères, 1963, vol. I, pág. 29.

⁵ L. III.º, cap. VI, pág. 908 (B).

⁶ L. III.º, cap. XIII, pág. 1071 (C).

⁷ L. I.º, cap. XXXI, pág. 203 (A).